

El multiculturalismo español actual. Una nota sobre la división política en España

[Este texto se publicó en con idéntico título en la revista Nuevas Tendencias, 68, Octubre 2007, pp. 3-16. Se reproduce aquí con permiso de los editores.]

La mayoría de los diagnósticos que se están haciendo sobre la situación política en España al cumplirse los treinta años de democracia plena son de marcado tono pesimista, especialmente para aquellos españoles que están conformes con su condición de tales y que no están dispuestos a cohonestar la tendencia a la ruptura del marco territorial y constitucional que muchos promueven. La pregunta que se hace mucha gente es cuáles son las razones de fondo que inclinan a determinadas fuerzas políticas a potenciar aquello que nos separa en lugar de respetar y cultivar lo que nos une. Son muchas las formas de abordar semejante cuestión que siendo, evidentemente, de naturaleza política, es decir dependiendo esencialmente de la lucha de distintos grupos por el poder, pone en juego también toda una serie de elementos de carácter cultural y moral.

Desde algunos de estos puntos de vista, la sociedad española actual está bastante dividida, valgan, como ejemplo de esas escisiones, el nacionalismo, el separatismo, el laicismo, la distinción entre conservadores y progresistas, o entre liberales e intervencionistas, etc., a las que habría que añadir, además, las divisiones que se pueden estar consolidando a propósito del aumento de la emigración. Estas demarcaciones no son absolutamente unívocas y, desde luego, no se ajustan a la división política que se ha hecho clásica desde la transición entre izquierda, centro y derecha.

La evolución de la política española en los últimos años pone de manifiesto que varias de esas diferencias son más profundas de lo que muchos quisiéramos y subraya, evidentemente, el obvio fracaso de las fuerzas políticas que, al menos en principio, deberían haber tratado de evitarlas. De cualquier modo, antes de llevar a cabo un diagnóstico precipitadamente pesimista sobre la situación y sobre sus posibles futuros, habría que tomar en consideración algunas ideas de fondo para enmarcar de manera adecuada el problema que supuestamente plantea para la convivencia entre españoles el escaso nivel de consensos básicos que caracterizan actualmente nuestra situación política. Durante la última legislatura socialista, en especial, la ausencia de consenso ha sido muy llamativa y nos ha hecho contemplar el espectáculo extraño de una fuerza cuyos orígenes históricos están en la izquierda española entregada a cualquier clase de pactos con tal de arrinconar al Partido Popular tratando de forzar, lo que se ha conseguido varias veces, unos pactos a la contra cuyo balance, casi seguramente negativo, está por ver en el medio y en el largo plazo.

Una primera lectura de esta clase de acontecimientos políticos nos indica que el bipartidismo (evidentemente imperfecto) al que nos aboca el sistema electoral y la estructura política del Estado no ha sabido estabilizarse: el temor de la izquierda española a una tercera victoria consecutiva de la derecha hizo que sus dirigentes se acogieran a toda prisa a pactos con fuerzas bastante marginales al sistema constitucional, una estrategia extravagante cuyo último episodio ha sido el intento de negociar políticamente con ETA. Pero, además, de este hecho político inmediato, los cambios de todo tipo acaecidos en las últimas décadas

nos hacen ver que la sociedad española es en la actualidad irreductiblemente compleja y solo una ensoñación fuera de lugar podría resolver de una manera definitiva los conflictos que la inquietan. Eso no significa que los conflictos sean eternos e irresolubles: en un plazo medio y largo, la historia nos muestra lo contrario, los conflictos siempre nos acompañan, pero no siempre son idénticos ni tienen la misma gravedad; a veces se resuelven, otras desaparecen, en ocasiones se enconan o tornan a ser otros que pronto son irreconocibles para quienes protagonizaron sus antecedentes.

En los plazos largos, todo lo humano se transforma y muere, pero cuando los conflictos están presentes es una necedad tratar de disolverlos por procedimientos puramente racionales porque expresan un aspecto de la condición humana que no puede quietarse de modo tan simple.

Isaiah Berlin nos ha recordado con eficacia la inutilidad de lo que llamó el prejuicio platónico, la presunción de que todos los valores puedan ser compatibles, la esperanza en abolir los conflictos de valores que constituyen la esencia de lo que somos, de esa posibilidad humana que conocemos como libertad. Justamente la política recibe su justificación última en la existencia de esa clase de conflictos pues, de no existir estos en la forma irreductible en que existen, bastaría con contratar el gobierno a unos gestores expertos que, al modo optimista de un Leibniz nos dirían: “¡Calculemos!”. La realidad íntima de los asuntos políticos es siempre más compleja de lo que parece a una mirada externa. Esa complejidad tiene unos costos y la manera más inteligente de tratarla es el respeto a la dignidad y la libertad de los otros siempre que se acaten unas normas básicas de exclusión de la lucha violenta.

La ventaja del liberalismo sobre otras formas de entender la política reside en la aceptación de que, como decía Hayek, la libertad consiste en que habrá gente que hará cosas que no nos gusten y que no es razonable tratar de eliminar esas discrepancias. Por supuesto que todo requiere sus límites, pero las democracias tienen una manera hartamente compleja de fijarlos mediante el mercado político. En nuestro caso, la democracia ha venido a la luz en un momento en que por razones que no es el caso analizar aquí, la sociedad española entraba en un proceso de profunda transformación económica y moral, es decir de costumbres. Esta coexistencia de fenómenos de suyo distintos (una crisis política y una serie de crisis de naturaleza cultural y moral) ha procurado diversas confusiones y ha hecho que el desarrollo del sistema democrático se convirtiese, de hecho, en un catalizador de procesos de cambio que operan en regiones más hondas que la política y que, a su vez, han terminado por afectar de modo decisivo al desarrollo político. No tendría por qué haber sido así, pero el hecho es que así ha sido. En virtud de esa coincidencia son muchos los españoles que tienden a confundir la democracia con una suerte de nihilismo posmoderno, con una visión según la cual no hay nada real al margen de la voluntad y del deseo de los ciudadanos, si bien sería más exacto decir de los políticos que de los ciudadanos, puesto que, muy frecuentemente, sucede que aunque los políticos hayan obtenido su legitimidad en las elecciones tienden a olvidarse de cualquier función representativa para dedicarse a conseguir su permanencia en el poder por cualesquiera medios y muchos encuentran en esa disolución práctica de las condiciones de la realidad la mejor manera de imponer sus deseos.

Esta suerte de adanismo político y moral ha sido especialmente fértil en la recreación de nuevas identidades que está dando auge a las diversas formas nuevas del nacionalismo. Puestos a inventar, nada más maleable que la historia, de modo que el pasado se ha convertido para ellos en una página en blanco sobre la que se podía escribir cualquier cosa. Quizá el ejemplo más asombroso de esa tendencia haya sido la política de subvenciones establecida por los nacionalistas gallegos para reescribir las lápidas de los cementerios financiando generosamente ese cambio para quienes quisiesen rectificar la antigua voluntad del muerto y de los suyos convirtiéndolos en hablantes de la neo-lengua que promueve el *conselleiro* de turno.

Pese a esa malversación de la democracia liberal que supone el éxito de quienes la niegan (los nacionalistas nunca deben perder porque sería absurdo que los nuestros fueran gobernados por los ajenos), la democracia es el sistema que mejor soporta (es decir, que soporta con menos costes) ese nivel de discrepancias. Pero construir una democracia estable y razonable nunca ha sido una tarea sencilla ni rápida. Nuestra experiencia es todavía corta y estamos seguramente cometiendo unos errores bastante difíciles de evitar; lo grave podrá ser no el haberlos cometido, sino el no saber acertar, con algún tiempo por delante, a superarlos. Como lo ha demostrado la historia del siglo XX en Europa, las democracias son frágiles y resultan fácilmente destruibles tanto desde dentro (como lo muestra el fascismo y el nazismo) como cuando la revolución violenta decide prescindir de las llamadas libertades burguesas (lo que ha sucedido con los comunismos y está pasando ahora mismo en varias naciones de Hispanoamérica). La democracia, en tanto que es un sistema formal de reglas, no resuelve nada: son los partidos y los políticos quienes lo hacen y es bastante claro que no siempre lo hacen bien. Pero, desde un punto de vista lógico, la democracia es inmune a los errores porque como decía, irónica pero certeramente, Bertrand Russell, los elegidos nunca pueden ser peores que los electores porque, si lo fuesen, peores serían los electores por haberlos elegido. Busquemos, pues, en otra parte, la raíz de los males que nos afligen.

Hay ocasiones en que, sencillamente, la democracia es imposible; eso es lo que, en buena medida, pasa, entre nosotros, en el País Vasco y podría empezar a pasar en otras regiones españolas. Si no hay una renuncia efectiva a la violencia, y no solo a la violencia armada, la democracia se marchita, no llega a cuajar. En realidad, a lo que llamamos democracia no es tanto al sistema de reglas que la constituye, sino a los grupos humanos que las han hecho suyas, y los grupos humanos pueden hacer con relativa facilidad que la democracia enferme o se destruya.

El error que se suele cometer, podríamos poner el ejemplo de la política exterior inspirada por los *neo-cons* en los EEUU, es el de querer empezar la casa por el tejado: la democracia sólo puede arraigar en sociedades fuertes y bien estructuradas que acepten sin inmutarse la vigencia de dos principios esenciales: el de la destituibilidad pacífica (como subrayó Popper) de los gobiernos legítimos y el de la poliarquía (como subrayó Dahl). No me parece difícil reconocer que, por unas u otras razones, muy buena parte de las fuerzas políticas españolas se comportan de manera enteramente ajena a esos principios: ni conciben que puedan ser derrotados (y, en consecuencia, actúan

para no serlo con toda clase de medios legítimos e ilegítimos) ni están dispuestas a reconocer que no son la única fuente de legitimidad ni el único poder respetable y, en consecuencia, tratan de inutilizar o destruir las instituciones que pudieran oponerse a sus designios, que debieran regirse por principios (por ejemplo, el respeto a la ley) enteramente ajenos a la voluntad de los líderes de partido. Cuando se dan esas condiciones culturales enteramente ajenas a la cultura política liberal, cuando no se concibe el triunfo del oponente sino como una crisis del sistema, la dinámica política tiende a caer en una bipolarización que es, a la vez, radical y oportunista.

El sistema político y electoral vigente en España no facilita mucho la ruptura de esa clase de dinámicas en especial una vez que han desaparecido los partidos de centro y, por tanto, el papel de gozne del sistema pasa a ser ocupado por fuerzas nacionalistas que, sin ser del todo ajenas al sistema, tienden a actuar por motivos que en nada contribuyen a una estabilización. La forma en que, constitucionalmente, se elige al Presidente del Gobierno, o a los Alcaldes, otorga a las Cámaras respectivas un protagonismo que a veces se sustrae deliberadamente a los electores mediante la ocultación (en la medida de lo posible, que nunca es total) de las intenciones de los distintos grupos, de sus distintas políticas de coalición cuando no alcanzan la mayoría. Un sistema en el que se estableciese una segunda vuelta podría evitar estos episodios poco edificantes y ayudaría alcanzar mayorías más estables, pero la verdad es que las mayorías absolutas (muy difíciles de conseguir en cualquier caso debido a la estructura electoral y al equilibrio de las fuerzas mayoritarias) tampoco han dejado siempre buen sabor entre nosotros.

El hecho de que nuestra democracia sea una Monarquía parlamentaria tampoco supone una ayuda relevante en este panorama. Independientemente de otras posibles desventajas, que no es el caso examinar, el sistema republicano y presidencialista permitiría que aflorasen líderes con tendencia a desmarcarse de las posiciones extremas de los partidos para cultivar un voto en el centro, pero, obviamente, este no es nuestro caso. Todo lo anterior nos lleva a afirmar que los verdaderos problemas de la sociedad española no están en el sistema político sino en un plano más hondo, en la sociedad civil, en la crisis espiritual, cultural, intelectual y moral que atraviesa. Desde el punto de vista político, lo decisivo es que esa crisis afecta de manera más profunda a los partidos de derecha que a las fuerzas de izquierda, lo que requiere una breve explicación.

La derecha sociológica es menos uniforme que la izquierda y, por tanto, experimenta mayores dificultades para articularse políticamente. En la derecha hay votantes, por decirlo resumidamente, católicos y laicos, votantes conservadores y liberales más o menos radicales; esa complejidad social se traduce en una discrepancia de valores que nunca se ha intentado de tratar y atenuar políticamente, de manera que ha correspondido al carácter peculiar de cada político asumir la solución que estimase oportuna en cada caso. Pondré el ejemplo más resonante para que se entienda bien: políticos del PP se han apresurado a officiar bodas civiles entre homosexuales mientras que otros han rechazado hacerlo. ¿Habría sido tan difícil que el partido hubiese establecido una política que no resultase hiriente para sus votantes católicos y resultase admisible para quienes no creen que existan razones morales suficientes para oponerse a legalizar de alguna manera las relaciones homosexuales? Una

legislación de parejas de hecho llevada a cabo con inteligencia habría evitado la equiparación de todo punto innecesaria del matrimonio tradicional entre hombre y mujer y esa nueva clase de uniones. La derecha se asusta de su propia pluralidad y tira por la calle de en medio, lo que no es una solución ni inteligente, ni liberal ni, mucho menos, satisfactoria. La derecha le tiene miedo al debate interno (tampoco es que la izquierda sea en esto mucho mejor, todo hay que decirlo) de manera que dada su pluralidad cultural, siempre que se hurte a sí misma los debates esenciales, estará en una situación precaria, temerosa de que sus iniciativas defrauden a los electores.

Hay una segunda dificultad política que afecta a la derecha más que a la izquierda. Lo que tradicionalmente se ha llamado la derecha económica resulta tremendamente posibilista entre nosotros, y esa su cualidad ha facilitado grandemente el entendimiento con la izquierda. En el polo opuesto, en los sindicatos, esa flexibilidad no ha sido tan grande, aunque hay signos esperanzadores de que se podría avanzar en este tema. Lo malo de esa flexibilidad es que no ha servido a ningún interés público: los empresarios con relevancia política han tendido a pactar sus intereses con los gobiernos de izquierda pero han tenido muy poca influencia en la decisión de sus políticas porque han ido, estrictamente, a lo suyo.

Tal vez el balance de esta flexibilidad no sea tan negativo como el que sugiero, pero me parece que entre la izquierda española y las socialdemocracias inglesa o americana (por poner ejemplos elocuentes) hay todavía hondas diferencias y que así como no tiene nada de extraño el apoyo público de un gran empresario o de un multimillonario a un líder demócrata o laborista (puesto que esos partidos sí aceptan sin ninguna clase de dudas los principios esenciales de destituibilidad y poliarquía y, además, asumen unas políticas internacionales inequívocas), el apoyo similar de un gran empresario español a nuestra izquierda no puede ser ejercido sin ambigüedad y disimulo y es extraordinariamente poco probable que resulte desinteresado. Insistiré, para acabar, en la serie de rasgos que considero esenciales en la configuración de nuestro peculiar multiculturalismo. Me parece que se pueden sustanciar en cinco notas esenciales.

La primera es, sin duda alguna, la creciente descristianización de la sociedad española, lo que es especialmente grave si se considera que la unidad católica de España había venido siendo un rasgo de cohesión social y de identidad cultural del conjunto de la sociedad española hasta hace bien poco. Desde el punto de vista social, cultural y político, lo grave de la descristianización no consiste en un descenso del nivel de identificación con el catolicismo o del nivel de práctica sino en una pérdida casi completa de las creencias básicas que han constituido nuestras raíces culturales, en la consagración de esa peculiar anomia blandengue y alicorta que está sustituyendo por todas partes a una distinción bastante nítida y compartida por todos entre lo bueno y lo malo. Todos los índices sugieren que España está sobrepasando en este punto las crisis similares del resto de naciones cristianas. Si se tiene en cuenta, además, el factor de islamización que está aportando la emigración no se puede dejar de advertir que estamos ante uno de los cambios de mayor trascendencia en la historia de España desde la época moderna.

En segundo lugar, la forma peculiar que está teniendo el desarrollo del capitalismo en España, basándose, esencialmente, en el consumo, en el turismo y en la construcción, tres actividades que no implican, en ningún caso, ni un nivel alto de exigencia tecnológica, ni de excelencia en la investigación. Somos comercialmente competentes (tenemos grandes comercios y una banca excelente) pero somos irrelevantes desde el punto de vista industrial (con la excepción del turismo) y tecnológico. Es un rasgo que debería inducirnos a la preocupación porque implica un descuido de la competencia y del estudio como actitudes básicas y explica bien nuestro escaso desarrollo científico y tecnológico en todos los frentes. Si tomamos como muestra Internet, vemos cómo los españoles tenemos un nivel razonable de consumo pero un nivel mínimo de aportación: leemos pero no escribimos, y, por esta vía, estamos en camino de ser una colonia cultural, algo que sin duda tiene bastante que ver con esa pérdida de identidad que subrayábamos en el primer rasgo enumerado.

En tercer lugar creo que hay que subrayar que la crisis cultural no es solo una crisis de cultura popular sino que afecta también a las minorías dirigentes cuyo grado de ignorancia es cada vez más grave. Llevamos años haciendo guerras políticas con la escuela y con la universidad y no creo que nadie se atreva a señalar mejoras indiscutibles en estos asuntos que están siendo uno de los pasivos más graves de las sucesivas políticas de los gobiernos de las democracias. Nuestra Universidad ni aparece siquiera en lugares de decoro en los distintos rankings internacionales y nuestros institutos y escuelas tampoco producen a nadie un pasmo por su calidad. El contraste de esta situación con la indudable mejora en otras (economía, transportes, sanidad, urbanismo etc.) es especialmente sangrante y evidencia la timidez de los políticos españoles para abordar los problemas reales que implican alguna clase de complicación moral o ideológica.

En cuarto lugar querría subrayar el reino de la más zafia de las anomias en cualquier clase de asuntos que se debaten públicamente. Somos el ejemplo vivo de la viabilidad real del relativismo en la práctica. Nuestro sistema efectivo de valores se ha reducido de manera muy fuerte a apenas dos imperativos: *pásalo bien* y *sé tú mismo* que son propuestos de manera continua por los medios de comunicación, por la cultura popular dominante. La cortedad de miras de ese ideario no se corrige fácilmente con unas gotas de solidaridad y unas dosis de ONG para cubrir el expediente. Ese achatamiento moral es hermano gemelo de un crecimiento incontrolable de la zafiedad y la mala educación que resulta chirriante en cuanto se traspasa la frontera. Por último un rasgo que resulta sorprendente viviendo el mundo en que vivimos pero que, por otra parte, me parece indudable. Los españoles estamos padeciendo una infección alarmante de localismo que nos lleva, en primer lugar a ignorar el lugar que España ocupa en el mundo y, no menos importante, a olvidarnos del resto de los españoles que no comparten nuestra identidad menuda, nuestro terruño. El espectáculo de los distintos estatutos de autonomía tratando de exclusivizar el uso de las aguas de sus ríos (ignorando el curso de la naturaleza) es una buena muestra de ese catetismo que gozosamente se exalta por doquier. Un corolario de esta carencia realmente grave es el empeño, que sin duda será vano, de romper la ya centenaria unidad política española porque los que no saben dónde están suelen tener ideas muy peculiares respecto al territorio y al Estado.

Terminaré con una llamada al optimismo, entre otras cosas porque no hay peor enemigo para el optimismo valeroso que la ignorancia fatal de lo que pasa. Creo que los españoles tenemos que conseguir que la democracia política en la que vivimos deje de vivir del pasado y se enfrente valientemente con los problemas que realmente nos amenazan. Vivir del pasado es seguir haciendo una apología vaga de la transición y de la conquista de las libertades y seguir cargando en las filosóficas espaldas del tiempo ido la causa universal de toda clase de males. Vivir del pasado es seguir primando la ideología por encima del análisis de la realidad, de sus carencias y de sus posibilidades. La democracia tiene que convertirse en un instrumento del progreso real, del auge intelectual y cultural, del crecimiento económico ordenado y eficaz, del avance en la convivencia pacífica de todos, del destierro definitivo de la violencia y del cultivo habitual de la negociación y el debate político como medio de resolver los problemas que el paso del tiempo nos vaya poniendo en suerte. Esa es tarea de los políticos, pero los políticos no pueden hacer nada, y de hecho no suelen hacerlo, si los ciudadanos no los empujamos.

José Luis González Quirós
Instituto de Filosofía, CSIC, Madrid
jlgonzalezquiros@gmail.com
<http://jlgonzalezquiros.es/>